

ENTRE BAEZA Y JIMENA

Una conversación (en Land Rover) con Miguel Ángel Tornero

JUAN RAMÓN RODRÍGUEZ-MATEO

Universidad Pablo de Olavide, Sevilla

Juan Ramón Rodríguez-Mateo: ¿El Land Rover es tuyo o prestado?

Miguel Ángel Tornero: El Land Rover no es mío, no... Es parte del paisaje... *Attrezzo* o fauna según se mire. Nunca tuve Land Rover... El más cercano que recuerdo es el de un primo mío... Yo soy el hijo del fotógrafo y no hemos tenido nunca olivas... Una especie de ovejas negras, vamos. [Risas]

J.R. R-M.: ¿Cuánto se tarda de Baeza a Jimena por estos carriles?

M.Á. T.: Jimena se llama tu hija, por cierto. ¿No es casualidad que quieras ir hasta allí, verdad? ¡Exquisitos andrajos! Conozco este camino, hubo una temporada que íbamos mucho a Bedmar y pasábamos por aquí, pero hace tiempo que no lo transito. Tenía familia de mi padre en Jimena, además.

J.R. R-M.: Es verdad. No te he dicho que sentí lo de tu padre... Aunque no sé si quieres hablar de él ahora.

M.Á. T.: Gracias, hombre. Sí, es oportuno... Me apetece ligar de alguna manera esta exposición con él... Por el lugar y por lo reciente de su ausencia...

J.R. R-M.: *“Soy el hijo del fotógrafo”*, dicho por ti, es de las cosas más bonitas que he oído últimamente...

M.Á. T.: ¡El hijo y el nieto! Mi historia familiar es una historia de la fotografía en toda regla, así que supongo que también es un asunto pertinente —y me apetece sacar— en esta charla. De hecho, estoy buscando unas fotos de mi padre, una suerte de autorretratos suyos que hace poco rescató mi hermana Lola. Algo así como bodegones y autorretratos, jugando con un espejo. Ya las verás... Me gustaría meter alguna en la publicación... También unas de mi abuelo, que hacía con su cámara panorámica, una Horizon, donde aparecen unos campos de cardos. No me cabe duda de que estaban en mi memoria y que han sido una influencia directa...

Mi abuelo Cristóbal era el fotógrafo del pueblo y tenemos un archivo ingente de imágenes que son pura historia visual... Mi padre tenía una visión —e incluso unas ambiciones plásticas— de artista, sobre todo de pintor... Y acabó en la fotografía por accidente. Pero fue lo que le dio de comer —eso siempre lo decía—. Se describía a menudo como un pintor frustrado. Era un apasionado del arte... Aunque, para él, la fotografía nunca era, ni de cerca, equiparable con la pintura. Quizá con el tiempo la acabara viendo como un arte, no sé...

J.R. R-M.: ¿Quizá porque era “su trabajo nutricional”?

M.Á. T.: Y porque él quería ser artista, sobre todo pintor. Ese era su deseo, y era tan fuerte que mis hermanos y yo acabamos estudiando Bellas Artes.

- J.R. R-M.:** Yo siempre te he sentido muy de tu pueblo... Quizá ese doble enganche, familiar y profesional, es fundamental...
- M.Á. T.:** ¡Desde luego! ¡Soy muy de mi pueblo! Y por eso, también, supongo que crítico, si toca. Quien conozca Baeza verá que no hay un escenario más privilegiado donde nacer, pero la historia es un privilegio que, a veces, pesa y hay que saber convivir, encajando en sus peculiaridades y en sus contradicciones. También tengo alergia al olivo, que es una alergia común, aunque creo lo justo en las casualidades...
- J.R. R-M.:** ¿Alérgico!? Porque vamos a tragar polvo y olivos durante un rato hasta llegar a Jimena...
- M.Á. T.:** No... En estas fechas, ya no. Es sobre todo mayo y junio, cuando florece.
- J.R. R-M.:** Podríamos parar en Garcéz, que me divierte el Hogar del Pensionista para tomar algo... Entonces, ¿todos estudiasteis Bellas Artes? Creía que solo Lola y tú...
- M.Á. T.:** Yo soy el pequeño de cinco y creo que nunca me he planteado estudiar otra cosa... A estas alturas no me cabe duda de que he seguido y cumplido, en parte, el deseo de mi padre... Antonio, Lola y Cristóbal estudiaron Bellas Artes en Granada, como yo. Mi hermana Nani estudio fotografía artística con él (que era profesor en Artes y oficios de Baeza). Ella montó su estudio primero en Baeza y luego se fue a Alicante, cuando se casó, y lo trasladó allí. Mis hermanos siguen con el estudio de mi padre y Lola es una excelente profesora de Artes Plásticas. Tengo muy buena relación con ella y le interesa mucho el arte. Nos entendemos bien. Vive enfrente de nuestra casa familiar... Aquel es el lugar donde más rato paso cuando voy a Baeza.
- J.R. R-M.:** Qué difícil me parece el trabajo que hacen tus hermanos...
- M.Á. T.:** ¿El de reportajes de bodas y celebraciones?
- J.R. R-M.:** Sí. Me ha parecido siempre de una enorme responsabilidad y dificultad...
- M.Á. T.:** Bueno, es complicado, sí... Especialmente lo era en la época pre-digital.
- J.R. R-M.:** Con los profesionales de la fotografía siempre pienso que riete de los críticos de arte y del mundillo artístico al lado de una madre de novia, descontenta con tu trabajo...
- M.Á. T.:** Es muy peculiar... Muy interesante... He ido muchos años a acompañar a mi padre y he aprendido muchísimo, no solo de fotografía sino también sobre la gente, su comportamiento en un día específico, sobre cómo y dónde viven... Es una situación ideal para un *voyeur*. Solía ir a ayudarlo con la luz de apoyo, así que yo iba muy relajado. Después, he hecho reportajes de vídeo con mis hermanos y ahí sí que notas la presión... Yo lo veo agotador. Tienes que estar siempre muy alerta, y registrar todo porque es muy importante para ellos. La revolución que introdujo mi padre (y mi madre, que también hizo reportajes y es una buena fotógrafa, con mucha sensibilidad y gran vocación) fue la de fotografiar esos eventos como si fuera su última obra de arte. Sacaba a las novias a exteriores, no usaba el *flash* en los interiores (lo detestaba porque aplanaba toda la luz y no recogía la atmósfera de la iglesia, por ejemplo... Era un enamorado de la luz natural).
- J.R. R-M.:** Y tu abuelo, ¿cómo empezó con la fotografía?, porque eran otros tiempos...
- M.Á. T.:** Mi abuelo aprendió con Baras, un fotógrafo y profesor que trabajaba en Baeza. Este hombre lo formó y parece que le insistió en que aprendiera porque le veía un muchacho con sensibilidad. De hecho, mi abuelo también enseñó a su hermano César, que fue el fotógrafo de Porcuna por varias décadas, y a mi tío Rafael, que se fue a trabajar a Bélgica... En fin... Lo más interesante, quizá, es que han sido dos maneras muy diferentes de acercarse a la fotografía: mi abuelo era el "retratista", usaba la foto como acta notarial y daba cuenta de lo que sucedía (con criterio y sensibilidad, desde luego); mi padre, un artista que tuvo que "conformarse" con la fotografía y que

pretendía contar (sus) cosas de una manera muy personal. El archivo de mi abuelo es muy valioso en cuanto a la historia del pueblo se refiere. El de mi padre es otra cosa... Es mucho más variado e imprevisible.

J.R. R-M.: Entonces, ¿tu padre aprendió con tu abuelo?

M.Á. T.: No, no... Mi madre aprendió con mi abuelo y mi padre se formó en la Escuela de Artes, dibujaba muy bien... Tenía madera desde niño... Así que se fue a Madrid con dieciocho años, a buscarse la vida de artista, de pintor... Y eso hizo por unos años. Pintaba, se buscaba la vida... Era, entonces, el copista más joven del Prado, pintó carteles de cine para la Gran Vía, montó escaparates en El Corte Inglés... Hizo algún mural... Y, precisamente, por lo bien que retocaba negativos acabó trabajando en el estudio de Vicente Ibáñez (el fotógrafo de los famosos, le decían). Allí definitivamente se empapó y aprendió la fotografía, ahí empezó su vida de fotógrafo. Mientras tanto, iba y venía de Baeza, con su moto, y mi madre alucinaba con las fotos que hacía... Así que esa fue la mejor manera de seducción y de unión, ¡la fotografía! Triunfó el amor y mi madre se fue a Madrid con él. Allí nació mi hermano mayor y, al poco tiempo, mi abuelo se jubilaba y decidieron volverse a Baeza y montar lo que sería "Tornero fotógrafo". Ahora estamos encontrando un montón de dibujos y de escritos de mi padre —siempre estaba dibujando, cualquier cosa, y escribía sobre todo, especialmente en la época del cambio de siglo— y es muy interesante ver su yo más íntimo *a posteriori*, su opinión de las cosas concretas. Muchos poemas también... Nos ha emocionado leerlos, al cabo de tanto tiempo. En muchas ocasiones se "reprochaba" haber elegido la comodidad de la vida en Baeza y renunciar, de alguna manera, al sueño del arte y su mundo... Pero yo creo que cuanto más pasaba el tiempo más se daba cuenta de lo plena que era su vida. Y algo así pienso yo. Mi mejor recuerdo de mi padre no es solo de él como artista —y mira que tengo buenos recuerdos en ese aspecto—, sino de un cariño verdadero y un apoyo sin aspavientos... Y en lo artístico, valoro mucho que tratara de comprenderme: no es fácil, para una persona apasionada y tan convencida de lo que es el Arte con mayúsculas, dejarnos a cada uno tomar nuestro camino a pesar de que no fuera el que él habría trazado. De vez en cuando había en casa "discusiones" sobre arte que ahora recuerdo como algo entrañable...

J.R. R-M.: Sigue, no te preocupes, pasamos. ¿Este es el arroyo de las Tres Fuentes o el de la Dehesa? Por cierto, ¿te recuerdas de niño jugando por el pueblo? ¿Cómo era tu vida aquí?

M.Á. T.: Pues no te sabría decir qué arroyo es... Miralo en Google. [Risas] Me gustaría saber más de la geografía inmediate, pero no es el caso... De la infancia tengo muy buen recuerdo... Criado con hermanos mayores, bastante cariño y muchas referencias que me han hecho, casi inconscientemente, seguir la dinámica de lo que más o menos he visto y conocido. Todo de piedra, pasando la infancia y la adolescencia estudiando en plena zona monumental... Recuerdo los partidos de fútbol con una portería en Jabalquinto y la otra en la iglesia de Santa Cruz, enfrente. Que ahora pienso que sería un atentado al patrimonio, pero el mejor ejemplo para hacerse una idea de la naturalidad del contexto.

J.R. R-M.: Y ¿erais "los niños del fotógrafo" o algo así? Lo digo porque cinco hermanos y todos heredando la capacidad de mirar y ver... Aquello era o muy divertido o una pesadilla...

M.Á. T.: ¡Muy divertido! Aunque entonces era más "el niño dibujante"; siempre andaba pintando y dibujando. En la adolescencia sí que salía a hacer fotos, aunque buscando objetivos diferentes... Lo digo porque apenas hice fotos de lo "monumental" o de la Semana Santa, que, se supone, es "lo oficial" que fotografiar en este pueblo... Me recuerdo buscando descampados, ruinas... Algo bastante cercano a esta botánica periférica actual... Hoy, a veces, me veo buscando al niño que dibujaba sobre la silla, de rodillas en el suelo, absorto, en una especie de

estado ideal... Otra cosa, un poco repipi, de la que me acabo de acordar —supongo que porque está muy reciente la muerte de mi padre— es ir muy pequeño (con 6 o 7 años) a la cama de mis padres cuando me despertaba, y mi padre me preguntaba por cuadros del Museo del Prado, por ejemplo: “¿Quién pintó *El descendimiento?*” y yo contestaba: “¡Van der Weyden!” Y eso les hacía mucha gracia. Me sabía la autoría de cuadros que, igual, ni siquiera conocía... En fin...

J.R. R-M.: Bueno, tus *collages* no dejan de ser, en cierta forma, dibujos, solo que en vez de lápices utilizas recortes. Mi hija usa esa técnica cuando quiere ir deprisa y terminar... Aunque tú no pareces nunca apresurado, sino como si tuvieras por delante todo el tiempo del mundo para repetir obsesivamente una imagen que está en tu cabeza, y que parece no consigueras sacar nunca... Es algo que le pasa a algunos artistas, eso que se dice de “pintar siempre el mismo cuadro”...

M.Á. T.: Mi sobrino Antonio, que tiene mucho talento dibujando, también lo hace: dibuja y después recorta y pega en uno... Creo que, en particular, con estas obras hay algo de eso, de goce manual, de dejarse llevar y perderse en un proceso creativo que me encanta experimentar... Soy de tiempo lento en general, sí... Digamos que, en estas obras, puede ser que haya algo hasta de letanía en el proceso... Es algo así como salir a “pasear” por lugares que vas creando al mismo tiempo. El “camino al andar” de Machado (el poeta y su obra fueron otra de las grandes pasiones de mi padre, por cierto). También, esa actitud machadiana de la descripción paralela del paisaje externo e interno. Suelo decir que son, en cierto sentido, paisajes románticos.

J.R. R-M.: En el sentido estricto, desde luego. Tus imágenes, según mi punto de vista, nos recuerdan la tremenda indefensión de ese “caminante” frente a la naturaleza... “Naturaleza” que, a veces, me pregunto con tu obra si no es un trasunto de nuestra parte oscura...

M.Á. T.: Sin duda, pero también una reconciliación y un aliarse, un reconocimiento, una necesidad de esa parte oscura, salvaje, ociosa y hasta “pinchosa” de cada uno que, como los cardos y las pitas, crece aunque no queramos... Quizá el reto sea encontrar incluso belleza donde —inicialmente, aparentemente— había eso que llamas “indefensión”. Procuero ver esas plantas y sus formas sin prejuicios, como si fuera un extraterrestre recién llegado a la tierra y me quedara, de alguna manera, fascinado con ellas... Sin saber si son plantas *outsiders* u olvidadas o defenestradas o de “baja alcuernia”...

J.R. R-M.: De baja alcuernia nada. Ya sabes la simbología que tienen. Mira, ¡es increíble que ésto sea el Guadalquivir! Estoy acostumbrado a verlo en Coria, donde me crié, o en Sanlúcar, donde vivo... En la desembocadura... Y mira este arroyo... ¿Cómo puedes vivir en Madrid? Yo me tuve que volver...

M.Á. T.: Pues he acabado ahí de manera natural. Las condiciones me son favorables por varias razones y tiene eso de estar donde suceden las cosas, artísticamente hablando. Lo cual cada vez me motiva menos porque, cada vez, me doy cuenta de que me interesan más las narraciones secundarias, no oficiales, y también es menor la pasión de lo que suponen el mundo del arte y sus agentes. Pero no tengo la sensación de haber elegido Madrid... Ni casi que ninguna de las ciudades en las que he vivido... Ando un poco buscando mi lugar. Creo que, de los sitios donde he vivido (Baeza, Granada, Milán, Madrid, Berlín, Roma...), Berlín tiene un tono con el que más me he identificado. De sitio dinámico y tranquilo, de una vida de barrio, disfrutona, poco competitiva... De todas formas, todo es muy subjetivo y puede depender de los momentos vitales de cada uno. Al final, la ciudad, como el paisaje, es una excusa. Depende de uno estar bien y no del escenario, aunque a veces sea determinante.



Cristóbal Cruz. Vista de Baeza (desde el Cerro del Alcázar). Sin fechar (principios de los años sesenta del siglo XX).

J.R. R-M.: La verdad es que tienes razón... Aunque, ahora mismo, quizá, si tienes cierta edad y trayectoria sigue siendo importante estar “donde suceden las cosas”.

M.Á. T.: ¿En Instagram? [Risas]

J.R. R-M.: No sé si me refería exactamente a eso...

M.Á. T.: A mi me interesa estar “donde suceden las cosas” porque me gusta observarlas e interpretarlas a mi manera. Soy, básicamente, un *voyeur*. Hace años me becaron un proyecto en el programa Generaciones de Caja Madrid que partía básicamente del espectador distraído que acude a conferencias y mesas redondas. Se llamaba *Round table trouble* y se trataba, básicamente, de grabar un evento monótono con cuatro o cinco cámaras, planos cerrados... En los que los ponentes se convierten en actores de una narración manipulada (no existente por lo general) en la que aparentemente suceden muchas más cosas de lo que realmente acontece. Parece que siempre “pasa/está pasando algo “

J.R. R-M.: Te pregunto por “las cosas” porque parece que, desde hace un tiempo, para los artistas no consagrados esas “cosas” son, aparente y exclusivamente, institucionales y poco nutritivas... ¿Son “cosas” para poder vivir? ¿Tú vives de tu trabajo artístico? ¿Vendes lo suficiente?

M.Á. T.: Sobrevivo, por ahora. Es lo más duro, la verdad, la precariedad y la inestabilidad.. Tengo motivos para quejarme y para todo lo contrario... Y la competitividad... Es algo que nunca he llevado bien o no he querido ver, pero últi-



Antonio Tórero. S/T. Sin fechar (mediados de los años setenta del siglo XX).

mamente la he sentido de cerca. Creo que tiene que ver con la edad. Ya no somos “artistas jóvenes” pero vivimos ese eterno cuento de la visibilidad y otras eternas promesas. Creo que he sido muy inocente, aunque también creo en el patrimonio de la inocencia...

J.R. R-M.: Estaba recordando el título de tu exposición en Adelantado, en 2007, “*Por ahora todo va bien*”... Era lógico, no tenías ni treinta años... [Risas] Pero dos años más tarde, en Cubo Azul, titulaste la siguiente “*Catástrofes para bien*”...

M.Á. T.: Lo de titular así esas expos no estaba pensado conscientemente —pero ya te digo que casualidades, las justas—. “Por ahora todo va bien” es lo que se repite un tipo que salta desde el piso 50 de un edificio para tranquilizarse mientras va cayendo. Así comienza la película *El Odio*. Supongo que, exagerando, me pareció una escena reconocible para alguien que decide dedicarse profesionalmente al arte. “Lo importante no es la caída, sino el aterrizaje” se escucha antes de concluir la escena. Lo de “Catástrofes para bien”, digamos que tiene que ver con el sentido oculto de lo que nos sucede. El poder positivo, renovador, de la ruptura...

J.R. R-M.: Y ese “por ahora” ¿se mantiene?... Porque lo de la competitividad tampoco es nada malo, desde mi punto de vista... Pasa en todos los sectores profesionales ¿por qué no en el nuestro? Hay pocos compradores, poquísimas galerías serias... Es normal la competencia. Hemos querido cambiar las reglas y, ahora, el trabajo de estudio quizá sea un 50% y la autopromoción —llamémoslo así— el otro 50%... La época de los galeristas que te situaban y te sostenían durante toda tu carrera terminó hace años...

M.Á. T.: Bueno, igual estoy de acuerdo —que igual no..., o tal vez no estemos usando la palabra adecuada— con eso de la “competitividad”, pero sé que no es mi fuerte. Creo que la historia del arte (bueno, y de la vida) es cuestión de deseo, y el deseo es conflicto, es lo que te mantiene vivo... Yo me he visto varias veces siguiendo el deseo de otros, por inercia, y no me ha gustado nada cuando me he dado cuenta. Creo que tomo conciencia tarde de algunas cosas básicas o, sencillamente, no admito algunas reglas que, por repetidas, nos han hecho creer que son justas... Es un asunto complejo que no sé si nos saca de la conversación. Vivimos en un sistema en crisis, creo que es evidente. La mayoría de las galerías funcionan con este modelo casi decimonónico. Pero hay una inercia de la que parece muy difícil salir. Supongo que el artista tiene que adquirir más independencia (ya está ocurriendo, de hecho) pero eso también implica que se ocupe, cada vez más, de cosas extra-artísticas... Que se venda, que se relacione, que pida, que aplique, que busque... Y cada vez estoy menos cómodo en esos menesteres, porque no son por los que elegí hacer lo que hago y porque no creo que me eviten salir de esta especie de sensación de estafa piramidal. Te diría que soy bastante partidario de la “clase media”, y está desapareciendo. El formato tiende a galerías multinacionales y a espacios alternativos... El poder y la riqueza para unos pocos. En fin, no sé si me estoy explicando bien, creo que empiezo a desvariar...

J.R. R-M.: Anda, venga, que ahí está García, vamos a tomarnos una cerveza...

M.Á. T.: ¡Con su buena tapa!

Extracto de una conversación mantenida el 8 de agosto de 2019, en el trayecto entre Baeza y Jimena.